

## COMUNICACIONES

**LLUIS ARGEMI: Economía y utopía: una introducción a algunos artículos de Keynes.**

Decididamente, la economía no ha tenido éxito en las utopías noveladas que se han escrito sobre nuestro futuro. Desde aquel fáustico Dr. Frankenstein, que creaba un hombre científicamente, el cual era el reflejo de lo que podría ser el hombre “industrializado” que Mary Sehlley (o Godwin Wollstonecraft si nos atenemos a las reglas de nuestro país) imaginaba, hasta los mundos mecanizados de Huxley, Orwell, Forster, o Ray Bradbury, los aterradores futuros “poéticos” suelen centrarse en la organización política. Ni la crisis económica actual ha hecho aparecer, por ahora, creaciones en que el aspecto económico de los tiempos que se avecinan aparezcan en el lugar que le corresponde. Esto era cosa de los soñadores del XIX . Evidentemente, esta ausencia no es fruto del pesimismo, puesto que ha sido el pesimismo sobre el futuro político de la humanidad lo que ha originado las creaciones de Orwell y los demás. Seguramente, en cambio, el que la economía no entre en estos campos de creación se debe a su naturaleza más difícil, al menos en lo que a nivel popular se cree. Las “utopías” económicas han sido, por todo esto, campo acotado de los economistas más o menos profesionales, y aún con reparos. Nadie se atreve a unas predicciones que el tiempo pueda negar, y en general, aunque sin decirlo, se aplica la idea de Keynes de que “a largo plazo, todos muertos”, para evitar el que la calvicie evidente de las predicciones aparezca antes de esta muerte y demuestre que hay que ir prevenido y con sombrero.

Sin embargo hay notables excepciones a esta regla. Algunos economistas se han atrevido a andar el peligroso camino de la predicción a largo plazo: desde los “estados estacionarios” de Ricardo y Mill, hasta los futuros de nuestro sistema económico de Keynes y Schumpeter,

además de la totalidad de la obra de Marx, son índice de este atrevimiento. En la actualidad autores como Galbraith, Leontiev o Samuelson han incidido, de forma más o menos extensa y más o menos profunda, sobre el futuro económico de la humanidad. Pero sus obras se circunscriben a un saber de economista, no a las extrapolaciones que el hombre de la calle o el escritor o poeta pueden hacer.

El caso de Keynes tiene especial interés, ya que generalmente se piensa, apoyándose en la idea antes citada, que Keynes no se interesaba por los problemas del futuro a largo plazo. Sin embargo la revalorización que ha seguido a la conmemoración de su centenario y a la reedición de sus obras completas ha creado cierta insatisfacción con esta idea. Los problemas con los que se enfrentaba Keynes, además de ser problemas de "corto plazo", denunciaban un desajuste del sistema económico a las nuevas necesidades sociales. Skidelski lo ha expresado así, en una cita que, pese a su longitud, no puede desecharse: (En Keynes) "podemos encontrar dos líneas de pensamiento".

"La primera se refiere a la erosión de las condiciones sociales y psicológicas que habían mantenido al sistema. Este descansaba en el poder de las clases medias para determinar la distribución de la renta de la sociedad de forma favorable a dicha clase... Tal como dijo Keynes las clases capitalistas podían decir que la mejor parte del pastel era suya. . . con la condición implícita de que, en la práctica consumirían poco de dicha parte". En el siglo XX, el poder indiscutido de la clase capitalista para determinar la distribución de la renta había dado lugar a la lucha de clases, y la vieja psicología puritana empezaba a dejar su lugar, a una psicología hedonista. Keynes parecía ceer que la I Guerra mundial fue el catalizador crucial de ambos procesos -"había" según él "abierto la posibilidad del consumo para todos y de la vanidad de la abstinencia para muchos".

"La segunda línea de pensamiento se refería al agotamiento de las oportunidades de inversión privada. . . Lo que aparentemente creía Keynes era que el siglo XIX había proporcionado unas oportnidades excepcionales para la inversión privada, las cuales habían superado la tendencia inherente, con una distribución desigual de la renta, a que la demanda de bienes fuese menor que la capacidad productiva. . . Dichas oportunidades no existían para las economías maduras en las condiciones generales, aún no bien asentadas, del siglo XX: de aquí la necesidad, tal como dijo en 1925, de "alguna acción coordinada de juicio inteligente" en relación a las proporciones de la renta nacional que deberían dedicarse al ahorro, al consumo, y a la forma en que el ahorro

debería distribuirse".<sup>1</sup>

Si Keynes intentó dar solución a los dos problemas que plantean estas dos líneas de pensamiento, con la *Teoría General* y con sus propuestas prácticas de política económica y de organización económica internacional, también realizó algunas reflexiones sobre la evolución futura en ambos campos. Estas "utopías" de Keynes tienen el interés, además, de demostrar que el largo plazo también era objeto de sus disquisiciones directas, aunque de hecho, sus propuestas a corto plazo buscaban crear las condiciones para que a largo plazo, si bien nosotros estaríamos muertos (o calvos), nuestros nietos tuviesen en cambio un presente mejor.

Keynes desarrolló estas utopías básicamente en dos artículos: en el primero, "Autosuficiencia nacional" (ASN)<sup>2</sup>, Keynes elabora lo que será el futuro de la organización económica internacional, o del capitalismo como sistema mundial (fue escrito en 1933).; en el segundo, mucho más conocido, "Posibilidades económicas de nuestros nietos" (PENN)<sup>3</sup>, fue escrito un poco antes, y se refiere a la abstracción de un sistema capitalista, independientemente de las relaciones internacionales que pueden establecerse entre naciones. Pero tampoco Keynes tuvo éxito con estas utopías: en lo que tenían de persuasión, no persuadieron, y en lo que tenían de profecía fueron muy criticadas. Pigou habló de la "aberración de una mente noble"; en muchos casos se atribuyen estos artículos a concesiones que Keynes hizo a los "izquierdistas" que había en el grupo de Bloomsbury (Strachey y quizás Forster, quién también escribió una novela de política-ficción), y en general han quedado como piezas de museo, excuidas del keynesianismo dominante que permitió decir a Samuelson que "a corto plazo, todos somos keynesianos". Y sin embargo estas utopías, conjuntamente con las notas finales de la *Teoría General*, presentan lo que podría definirse como la filosofía de Keynes, siempre que se le añada el "espíritu de Harvey Road" del que habló Harrod.

No pretendo describir esta filosofía, que ha sido objeto de innumerables estudios. Particularmente creo que las biografías de Keynes permiten entenderla mejor que sus obras, y muy especialmente la de

1. R. Skidelsky, en M. Keynes (ed) *Essayson J.M. Keynes*, Ed. Cambridge U.R. Cambridge 1980.

2. J.M. Keynes "La autosuficiencia nacional" (ASN). *El Trimestre Económico*, 1934.

3. J.M. Keynes "Las posibilidades económicas de nuestros nietos" (PENN). *Papeles de economía*, 1981.

Skidelski, de la que se ha publicado recientemente el primer volumen (la de Harrod, muy valiosa por otro lado, eliminaba algunos aspectos de la vida de Keynes por un cierto pudismo de discípulo). Pero se puede hacer una pequeña síntesis de la "utopía", aunque como siempre, la lectura de los originales, a los que me remito, es insustituible.

Cómo sería (o debería ser) el futuro según Keynes?. En primer lugar cabe dividir este futuro en dos horizontes: un primer horizonte que podemos llamar el "medio plazo" para evitar problemas. Se supone como un túnel (PENN), en que debemos aguantar aún que los que tienen el vicio de acumular trabajen para nosotros. "Por lo menos durante cien años deberemos convencernos de que lo justo es malo y lo malo justo". Lo "malo" es "el vicio de la avaricia, la usura y el amor del dinero". Pero por ahora, aunque el capitalismo es "no es justo, no es inteligente, no es bello, no es virtuoso y no entrega los bienes", tenemos el problema cuando intentamos imaginar que poner en su lugar, y "nos quedamos perplejos" (ASN). Frente a los pesimistas de la izquierda y de la derecha, según Keynes, hay que esperar este túnel de cien años para que llegue el verdadero futuro, el segundo horizonte en el que sí es posible el optimismo.

En este túnel también será necesario mantener la "autosuficiencia nacional", evitando que las interrelaciones económicas entre los países aumenten las posibilidades de guerra. Keynes simpatizaba "con aquellos que maximizarían, antes que con aquellos que maximizarían, la imbricación económica entre naciones"(ASN) y en esta imbricación que no deseaba estaba en primer lugar la financiera, y en la medida de lo posible, la que significaba intercambio de bienes. Pero de nuevo comprendía que la transformación no era fácil. Y de hecho, el mismo objetivo que implicaba esta transformación (la autosuficiencia nacional) no era un "ideal" en el sentido que no era un elemento del largo plazo, sino del "túnel".

Así pues, el medio plazo debería abordarse desde el aprovechamiento de los vicios privados de Mandeville, que también para Keynes se convertían en virtudes públicas, con un complemento de acción social con respecto a la inversión (este era el resultado de la *Teoría General*) y una dosis creciente, en la medida de lo posible, de "auto-suficiencia nacional".

Con esta política, que evidentemente no fue persuasiva en todos sus extremos, el mundo se encontraría, después de cien años, en disposición de abordar el largo plazo, el Futuro con mayúsculas. Y este futu-

ro sería, en términos muy simples, fruto del interés compuesto: igual que la riqueza de Inglaterra fue “por el comercio exterior” (Keynes revalorizó a los mercantilistas y algunas frases de PENN pueden remitirse a Mun), gracias al tesoro que Drake consiguió de los españoles, simplemente dejando que este interés compuesto funcionase durante los cien años de transición, llegaríamos a una situación de abundancia. Solo en un cuarto de siglo seríamos capaces de llevar a cabo “todas las operaciones agrícolas, mineras y manufactureras con un cuarto del esfuerzo al que estamos acostumbrados” (PENN). Y ello gracias al cambio tecnológico que la acumulación de capital traería. Eso sí, las guerras deberían evitarse para obtener este resultado, y el crecimiento de población debería ser limitado. Es en estos dos aspectos en que las esperanzas de Keynes (o mejor dicho, sus supuestos para un mundo mejor) no se han confirmado. Pero si se evitaban ambos extremos, la riqueza material después de 100 años (o dentro de cincuenta, ya que el artículo se escribió hace cincuenta años) permitiría estar “ocho veces mejor”(PENN) que en el año 1930, lo cual habría resuelto “el problema económico”, entendido éste como problema de escasez. Por primera vez entonces el hombre se enfrentará “con su real y verdadero problema —como usar su libertad, ya sin las presiones de cuidados económicos, como ocupar el tiempo de ocio que la ciencia y el interés compuesto le habrán proporcionado, para vivir sabiamente, agradablemente y bien” (PENN). “Quizás los money-makers nos llevarán a la abundancia, pero serán la gente que quede viva y que cultive hasta la perfección el arte de la vida y no se venda a los medios de vivir la que podrá disfrutar la abundancia cuando esta venga” (PENN).

Además, en este futuro, lo que será realmente internacional por naturaleza será “las ideas, el conocimiento, la hospitalidad, los viajes” (ASN) y sobre todo la paz, ya que se declaraba pacifista, siempre que se entendiera esta expresión de forma precisa y frente al pacifismo internacionalista que había surgido de la primera guerra mundial.

Pero todo este bienestar era incompatible con la iniciativa privada, a menos que el tipo de interés cayese lo suficiente hasta un punto muy por debajo de lo que tendería a caer por las solas fuerzas naturales de la superabundancia de capital con la acumulación del mismo.

Era aquí donde era necesaria la eutanasia del rentista, y en sus predicciones esto podía obtenerse en el plazo de treinta años (o de una generación).

Si estas eran las líneas de su utopía, es normal que no fuese bien recibida. En los años treinta podía estar de moda un cierto nacionalismo, sea por el nazismo sea por las afirmaciones del socialismo en un solo país. Pero las democracias occidentales tenían un origen y una vocación cosmopolita. Al mismo tiempo, el intervencionismo existía también, en Alemania, la URSS o Italia. Incluso los programas de Roosevelt y Lloyd George respondían a un "Zeitgeist" que la llamada teoría keynesiana confirmaría. Pero clamar por mayor intervención estatal, por la eliminación de los rentistas y por la disminución paulatina del tipo de interés era tan herético en Inglaterra como no ser un librecambista a ultranza. De aquí que el juicio que sus contemporáneos economistas dieron fuese tan desaprobatorio: la transición, el "túnel" que Keynes deseaba no era un camino de rosas. Pero pocos se fijaron en lo que según Keynes venía después, puesto que la aplicación de las políticas keynesianas creó el espejismo de que no hacía falta ningún túnel: el futuro ya estaba con nosotros.

Volver a leer estos artículos después de 10 años de crisis, cuando ya han pasado 50 desde que fueron escritos cobra así cierto interés. Si bien es pronto para constatar si se cumplen estas utopías, podemos casi estar seguros que se quedarán en esto, utopías. La crisis ha desvelado fenómenos que Keynes no podía imaginar y que dan un toque aún más sombrío al futuro: la salida del túnel tampoco será un camino de rosas. Pero es precisamente por esto que éstos artículos presentan una nueva dimensión, puesto que permiten soñar algún futuro sin problemas económicos.